

24 de diciembre de 2024 - mañana

Homilía

Hace casi cuarenta años, en 1987, el Papa Juan Pablo II recibió en Roma la visita del Patriarca ecuménico Dimitrios I de Constantinopla. Como la visita entre Pablo VI y Atenágoras en Jerusalén, unos veinte años antes, fue el encuentro entre dos grandes y cálidos seres humanos. En el momento de la partida, permanecieron unos diez minutos junto al coche que llevaría a Dimitrios al aeropuerto, como dos amigos que no pueden soltarse, y las últimas palabras del Patriarca Dimitrios fueron: *«Hemos encontrado en ti a un hombre, y seremos el mensajero de tu humildad»*. En su discurso oficial, había dicho que venía a compartir con Roma sus respectivas tradiciones y riquezas espirituales. Ahora, al final, dice: *«hemos encontrado a un **hombre**»*; y creo que era lo más hermoso que podía decir.

Hoy celebramos el nacimiento **humano** de Dios. Dios eligió hacerse **hombre**, para revelarnos toda la grandeza y la belleza de la humanidad tal como la había planeado. No quiere que seamos dioses, ni siquiera ángeles. Quiere que seamos seres humanos, que seamos auténticos hombres o mujeres, como Él nos ha hecho, a su imagen y semejanza.

El rostro de la humanidad ha sido marcado y deformado por muchas guerras: guerras entre naciones, entre familias, entre individuos. Guerras dentro de cada uno de nosotros, entre el reino de Dios y los poderes del mal. Guerras entre nuestra necesidad de amar y de ser amados y nuestros miedos, que a menudo engendran resentimiento o quizás a veces incluso odio.

Jesús viene a nosotros como el rey de la paz. Viene, como dice Zacarías en el **Benedictus** que cantamos cada mañana: *«para iluminar a los que están en tinieblas... para guiar nuestros pies por el camino de la paz»*. Me gusta mucho esta imagen de Dios brillando sobre nosotros como el sol de la mañana. La única manera de llegar a ser plenamente humanos es atrevernos a exponernos a esos rayos de luz y de calor. Y concluiré estas reflexiones con (la traducción de) un poema del gran rabino Abraham Joshua Heschel, un poema que me envió un amigo por Navidad:

Dios

no quiere estar solo

y la humanidad

no puede permanecer siempre impermeable

a lo que Él anhela mostrar.

Los que no pueden contener su esfuerzo

se encuentran a veces

a la vista de lo invisible

y se iluminan con sus rayos

Algunos nos sonrojamos,

otros llevan máscara.

La fe es un rubor

en presencia de Dios.

(Abraham Joshua Heschel)